

La roca negra

“*La roca negra*” es una pequeña isla de color oscuro, árida, escarpada, en cuya base se descubren muchas cuevas donde las olas se internan con un ruido monótono y lúgubre.

Parvadas de aves marítimas se albergan en aquellas cavidades, cerca de las cuales apenas osan aventurarse las canoas de algunos pescadores que, no oponiendo resistencia a las corrientes, se deslizan impunemente sobre la superficie.

La vista de aquel paraje correspondía en ese momento al triste recuerdo a que debe su celebridad; yo no podía menos que contemplarlo con dolorida emoción al pensar en los sacrificios que cuesta a mi patria cada una de sus guerras civiles.

El cuadro de aquella catástrofe ofrece un vivo interés, no sólo como uno de los más grandes naufragios de que puede haber memoria, sino como un noble ejemplo dado a los marinos de todas las naciones por uno de nuestra armada, y como una amarga lección para el pueblo del Perú que parece condenado a ser presa de las agitaciones políticas.

La fragata “*Mercedes*” navegaba conduciendo un batallón de reciente creación y destinado a engrosar el ejército del gobierno en la guerra civil de 1854. Ochocientos hombres arrancados de sus hogares, no por la conscripción que casi todos los pueblos civilizados adoptan, sino por medio del absurdo y opresor *reclutamiento*,² formaban aquel cuerpo a

² El *reclutamiento*, como la *conscripción*, es un *tributo de hombres* con la diferencia de que por el primero los habitantes son tomados *por la fuerza indistintamente* y conducidos a las filas del ejército. Allí permanecen por lo común por un tiempo determinado, pero algunos continúan sirviendo durante toda su vida.

La ley exceptúa del servicio militar en el ejército permanente a los individuos que pertenecen a la industria, a varias otras profesiones, a los padres de familia y a los que están fuera de las edades requeridas. Sin embargo, las guerras civiles han derogado, de hecho, muchas veces las disposiciones de esta ley; de ahí proviene que la deserción sea una plaga en el ejército puesto

cuya cabeza se hallaba un general de brigada. Aquellos soldados, agricultores y artesanos, la víspera estaban destinados a combatir por una causa que no conocían, en contra de un enemigo distante cuyo ejército se componía en gran parte de iguales elementos. Unos y otros dejaban tras de sí un taller abandonado, un campo sin cosecha, una familia en la miseria, un pueblo de donde el temor había ahuyentado a muchos habitantes. Así, aquella masa de individuos se presentaba a bordo, silenciosa e inerte, como próxima a un sacrificio.

El vapor de guerra “Rímac” remolcaba a la fragata. Al pasar cerca de “La roca negra”, la violencia de la corriente hizo que se rompieran tres veces las cuerdas que unían a ambas embarcaciones y, a la tercera vez, la “Mercedes” fue arrebatada y precipitada contra la roca antes que el “Rímac” pudiese acudir en su auxilio. Eran las tres de la madrugada cuando se oyó a bordo de este buque el clamor de mil seres humanos que se sumergían casi instantáneamente con la fragata y que no habían abierto los ojos en ese instante sino para mirar su destino y despedirse de la vida.

Al rayar el alba los botes de vapor habían salvado 160 personas: de las 850 restantes no quedaba ni un cadáver, ni un vestigio, ni el indicio más leve. La guerra civil acababa de sacrificar esa gran hecatombe humana; porque no fue el origen de tan espantoso acontecimiento la falta de los oficiales de marina, como se supuso al principio. La verdadera causa fue la necesidad en que la guerra civil puso al gobierno, y éste a las autoridades dependientes, de acelerar el embarque y el viaje de aquel batallón haciéndolo zarpar muy avanzada la noche a pesar del inminente peligro que por la proximidad de la roca negra ofrecía la navegación. Las órdenes dictadas desde Lima no permitían demora alguna, *ni aun la de minutos*, según las propias palabras del Ministro de Guerra.³ Esta vez, por desgracia, fueron estrictamente cumplidas.

Fácil es calcular a primera vista lo que ha costado al Perú ese solo incidente de la revolución. Mil hombres perdidos para la producción de un país cuyo más grave inconveniente es la falta de brazos; cuyo gobierno pagaba una prima de treinta pesos en dinero por cada individuo que se introducía como emigrante, aparte de la donación que este recibía en tierras, semillas, instrumentos y víveres; mil hombres, en fin, llamados a

que el soldado no sirve por el convencimiento de un deber ni por su voluntad sino a pesar suyo y por la fuerza; por eso se sustrae a esta condición siempre que puede. Por este motivo es sumamente difícil impedir que el soldado sea acompañado o seguido por su mujer, tanto en guarnición como en las campañas más difíciles y peligrosas.

³ He tenido en mis manos esta comunicación momentos antes de haber sido enviada a su destino y recuerdo perfectamente las palabras textuales en la página.

ser mil familias en algunos años, tenían un valor incalculable para el país. Y, sin embargo, en las dos revoluciones —del 54 y 56— se ha sacrificado quizá diez veces más igual número de vidas(!).⁴

Las personas que se salvaron del naufragio de la “Mercedes” fueron pocas, como he dicho, y hubieran sido menos sin la abnegación del valiente oficial que mandaba la fragata. En los cortos momentos que pasaron entre el choque de la embarcación contra las peñas y su desaparición total, dicho oficial salvó la vida al general que mandaba la fuerza y a varios de sus oficiales. Cuando aquél, ignorando el estado de inminente peligro en que se hallaba el buque, se dirigía a la escala para embarcarse en el bote, el comandante le hizo observar tranquilamente que el buque se sumergiría antes que él pudiese llegar a aquel punto y lo obligó a arrojar al bote por la tronera o ventana de un cañón del entrepuente. Invitado enseguida a embarcarse en el mismo bote, al lado de su señora, contestó: “Yo no abandonaré la fragata hasta que el último hombre no se haya salvado”⁵ y sucumbió con los demás.

El gobierno recompensó esta noble muerte ascendiendo al comandante Noel⁶ a la clase de contraalmirante y mandó colocar su retrato en la sala de sesiones del Congreso y en el palacio de gobierno. Exequias suntuosas y una suscripción de algunos miles de pesos, ofrecieron enseguida una compensación insuficiente a las familias huérfanas de aquellos desgraciados; al paso que la noticia de este suceso causó en todo el

⁴ En la última batalla de Arequipa, que puso término a la revolución de Vivanco, han perecido dos mil hombres, es decir, un tercio de ambos ejércitos.

En el ataque al Callao, por parte de las tropas del mismo caudillo, fallecieron alrededor de 300 hombres.

El 6 de enero de 1855, día posterior al de la batalla de la Palma, había en los hospitales más de 800 heridos, fuera de los muchos que se encontraban en las casas particulares. Aunque no se ha publicado el número de los muertos puede calcularse la proporción de los heridos.

En 1854, en el Combate del Alto del Conde, cerca de la ciudad de Moquegua, murieron 500 hombres, esto es casi la tercera parte de ambos combatientes.

Aparte de estos encuentros, que son los más notables en las dos últimas guerras civiles, ha habido otros muchos de menor importancia, pero que reunidos suman un gran número de víctimas.

⁵ El general Allende, que es de quien se habla en esta narración, me ha referido estas circunstancias poco tiempo después de aquel desgraciado acontecimiento.

⁶ El comandante Noel se educó en Europa. Hizo sus estudios en la escuela náutica de Santander (en España). Y después de un corto tiempo de servicio en el ejército español y de diferentes viajes en la marina mercante de España y de Francia, regresó al Perú donde obtuvo en breve un empleo en la Armada. El rasgo más notable de su carácter era una fidelidad religiosa a sus deberes; fue estimado siempre como oficial pundonoroso, recto y inteligente. Obra suya es el fuerte de San Román, construido para contener a las tribus salvajes de las montañas.

Noel tenía 38 años al tiempo de su muerte.

país un movimiento de profunda indignación contra la guerra que había acarreado tan terrible calamidad; sentimiento que se ha producido con más energía durante la última revolución y que será en lo sucesivo un dique poderoso opuesto a las tentativas contra la tranquilidad del país.

Mi preocupación a la vista de “La roca negra” llamó la atención de una de las pasajeras: era la de Boston, que habla un poco de castellano.

—¿Qué piensa U. tan triste? —me dijo— ¿Se acuerda U. de alguna *tapada*?

—Recuerdo cerca de mil hombres que naufragaron y perecieron en este mismo lugar. Ya ve U. que es bastante triste.

—¡Oh! Sin duda. Mire U.: en las costas de mi país se ahogan más de cuatro mil todos los años...; pero al otro día no se piensa en eso, hasta el año siguiente.

—Es extraño...

—No lo crea U. La razón es que no es bueno estar triste.

—Pero quizá no perecen tantos hombres a un tiempo, como ha sucedido aquí...

—Tres o cuatro mil cada invierno... yo no sé; pero cada semana hay muchos ahogados, a veces suele haber seiscientos a la vez.

—Es horrible: yo suponía los naufragios frecuentes, mas no en ese grado...

—Cuando sucede esto, todos dicen que el tiempo se ha puesto malo para los marinos y algunas señoras que quieren ir a Europa demoran su viaje hasta que pasa el invierno.

—¿Y nadie se ocupa de compadecer a las víctimas?

—Los hombres no tienen tiempo para eso: ¡están siempre tan ocupados!

—¿Y las señoras?

—Envían una limosna a los que reciben la suscripción para los huérfanos o las viudas que se hallan en el país.

—¿Y los diarios?

—Publican la lista de los naufragos y unas láminas representando el naufragio. Muchas son muy bonitas y U. las ha de ver en Nueva York.

—Deseo que sea cuanto antes porque tenemos que pasar el equinoccio en el mar de las Antillas...

—¿Quién piensa en eso? De seguro no es el equinoccio ni el barco que se fue a pique lo que lo tiene a U. así... Cuando menos alguna historia de Lima le anda a U. en la cabeza.

—No lo piense U.: es ese naufragio.

—¿De veras? Es U. muy sensible. ¿Y no se pone U. triste por los que se ahogaron en el diluvio?... ¡Eran tantos los pobrecitos!

Era muy difícil estar triste con mi interlocutora; y cuando ella lo quería era imposible no estar alegre. Confesé que su observación era muy juiciosa puesto que estando obligados a morir lo mismo es que esto suceda a muchos en un mismo lugar y en una misma hora que a uno tras otro en diferentes sitios y períodos. De manera que aun el famoso diluvio universal no me pareció una crueldad de la Providencia, sino un suceso que sólo tenía de particular el haber ocurrido simultáneamente a casi todos los hombres en el hecho natural de la muerte que siempre habría llegado más tarde. Una vez conservada la especie humana, aquella catástrofe de que se ha acusado a Dios queda reducida, por consiguiente, a un número más o menos grande de individuos, es decir, de casos particulares y nada más.

Sin embargo, yo tuve cuidado de no filosofar tanto con la bella *miss*: sin la menor duda me habría tomado por un hombre misántropo e intratable, que es la peor especie en el concepto de las señoras, y de las norteamericanas en particular. Enseguida olvidé “La roca negra”, y las reflexiones en que su aspecto me había sumergido.

Poco después divisamos las islas de Lobos.